

1999

GRID

UNA APROXIMACIÓN PSICONEUROINMUNOLÓGICA
POR EDUARDO WARNHOLTZ

GRID



En este ensayo, no pretendo analizar a Robert Mapplethorpe como fotógrafo ni tampoco cuestionar su preferencia sexual, sino más bien la relación entre un enorme artista lidiando con una enfermedad que, finalmente, lo superó.

Es importante comenzar con una pregunta: ¿El SIDA sólo lo contraen ciertas personas? ¿El SIDA es exclusivo de los homosexuales? Los avances en las investigaciones se hacen presentes en los libros y medios de comunicación masiva; sin embargo, el síndrome sigue creciendo en proporciones geométricas y la cura dista mucho de ser encontrada. El conocimiento y desarrollo científico de los estudios del sistema inmune se han incrementado a raíz del surgimiento del SIDA. No obstante, para mucha gente sigue siendo una enfermedad que sólo les da a aquellos extraños y lejanos seres que hacen cosas raras.

Lowe-Morricone-Tennant 1 —Pet Shop Boys— , escriben el siguiente pensamiento en el cual hacen una referencia a lo anterior, pues cuando se adquiere el SIDA resulta casi imposible creerlo a pesar de que lo contagiado no es más que una bomba de tiempo:

1 Ayer, recuerda cuán claro parecía
en los encabezados, citando revistas.
Ve hasta el final, sabías que podías.
Muy bien, hasta aquí.

2 Alguien preguntó:
“¿Quiénes se creen?
¿Quién paga sus cuentas?
¿Cómo llegaron tan lejos?”
Lo hice a un lado y cerré la puerta.
Hasta aquí, muy bien.

3 Ahora parece casi imposible.
Tomamos demasiado
y despertamos a todos.
Puedo equivocarme,
creo que dijimos.
Que no podía pasar aquí.

4 No espero hablar en
términos de razón.
Nuestra dignidad e inocencia heridas.
Contradicen tus heridas de batalla.
Curadas, no obstante, hasta aquí.

5 Ahora parece casi increíble.
Nos reímos muy fuerte
y despertamos a todos.
Puedo equivocarme,
pero creo que dijimos.
Que no podía pasar aquí.

6 Ahora parece casi imposible.
Nos encontramos otra vez
donde empezamos.
Puedo equivocarme,
creo que dijimos.
Que no podía pasar aquí.

Robert Michael Mapplethorpe nació el 4 de noviembre de 1946 en Floral Park, Nueva York; hijo de una familia católica norteamericana. Su infancia parecía ser la de un muchacho normal, sin embargo, la trayectoria de Robert nadie podría imaginarla, obviamente tampoco él sospecharía como habría de terminar.

«No sé si sabías que los maricas se están muriendo.»

Robert Mapplethorpe

A comienzos de los años ochenta, lo que ahora conocemos como SIDA, en Estados Unidos se conocía con el nombre de GRID —Gay Related Immune Deficiency / Inmunología Relacionada con la Homosexualidad— .



En 1982, existían 285 casos en 17 estados de los Estados Unidos, de estos casos, la mitad se encontraban en la ciudad de Nueva York. Robert Mapplethorpe, para entonces, ya conocía algunas historias de gente con GRID en el Mineshaft —bares sadomasoquistas en la ciudad de San Francisco— con síntomas de hinchazón de los nódulos linfáticos, hepatitis de carácter grave, neumonías, infrecuente cáncer de piel —sarcoma de Kaposi— y un abanico de infecciones.

Mapplethorpe en este mismo año tomaba un medicamento antibacteriano llamado *Flagyl* para combatir la amibiasis gastrointestinal que padecía desde varios años atrás; estos desórdenes entéricos se le atribuían a la población gay debido al incremento de la práctica del coito anal. Robert se mostraba extrañamente letárgico, tenía poca energía para salir por las noches y se quejaba de síntomas gripales. El doctor que le atendía —Dr. Lutz—, al interrogarlo para hacerle un historial clínico acerca de la relación que tenía Robert con las drogas, este último decía: «*no consumo drogas reactivas, tan sólo tomo cocaína, alucinógenos y nitritos.*» Lutz lo ingresó al Hospital Baptista del Sur en donde le diagnosticaron una infección auditiva de origen bacteriano y una inflamación en los nódulos linfáticos. Para entonces, el acrónimo GRID había sido sustituido por

el más neutro: SIDA. Aún quedaba por aislar el virus del HIV y también habría que esperar dos años, es decir, hasta 1984 para desarrollar pruebas fiables en la detección de anticuerpos. A Mapplethorpe le daba pánico la posibilidad de padecer el síndrome; sin embargo, la radiografía de su tórax era normal y no mostraba síntomas de neumonía. Ahora bien, su infección auditiva no era normal en una persona de 36 años; seguramente, de haber contado con un sistema de detección sanguínea como las actuales, Robert habría dado positivo.

Mapplethorpe comenzó a desviar su atención de las escenas sadomasoquistas a escenas pornográficas heterosexuales, como si ello le proporcionara cierta protección frente al SIDA. Su nueva fascinación por la pornografía puede entenderse como parte de una postura vanguardista destinada a decodificar la pornografía con la ilusión de remedar su propia «imagen». La revista *Screw* cita al respecto:

«La estrategia de Mapplethorpe [sic] es, en cierto sentido, cínica. Estos ciudadanos de clase alta que bajo ningún concepto querrían verse sorprendidos frecuentando el ambiente anónimo de los espectáculos en vivo y las tiendas “porno”, tienen, no obstante, la misma necesidad que todos los demás de imágenes con que nutrir su apagada vida sexual. Así, dado que ellos no acuden al “porno” Mapplethorpe [sic] les trae el “porno” a domicilio.» 2

Robert continuó teniendo aventuras con sus modelos; C.S. Manegold, clasificaba a este estilo de vida como *Homo New Yorkus*. El verdadero mensaje de las fotografías de Mapplethorpe no se hallaba relacionado con la moda, sino con el poder y la sumisión, especialmente en lo que se refería a hombres de raza negra.

Dada su educación católica, el crítico Paul Schmidt se preguntó si las fotografías del artista no constituirían un mecanismo propio para enfrentarse a su culpabilidad sexual. Cuando un adolescente de tercer grado comete un acto de exhibicionismo, está realizando también un acto de agresión que, en ese contexto, representa al mismo tiempo un deseo de recompensa y de castigo. Equivale a «que te jodan», pero luego es: *«castígame porque soy un niño malo.»*

Robert adquirió celebridad por abrir paso a todo un campo de especulación teórica en una sociedad que nunca se había enfrentado abiertamente a la iconografía del sexo. Schmidt opinó que al principio Mapplethorpe se enfrentaba a la imagería sexual de un modo sumamente inconsciente, hasta que advirtió que podía salir bien librado de todo ello; sin embargo, al final se sentía desgraciado y, sin querer parecer condescendiente, Schmidt cree que en algún lugar del fotógrafo se ocultó un alma consumida que gritaba pidiendo afecto.

El SIDA ejerció un profundo efecto en la perspectiva de Mapplethorpe frente a la fotografía, Robert fue mostrando la tendencia a fotografiar a aquellos modelos que le atraían más desde un punto de vista más estético que sexual. Muchos amigos de él le previnieron de que su comportamiento sexual equivalía a un suicidio. Tal parece que su comportamiento iba cambiando en cuanto al contenido de sus fotografías pero no era equivalente al cambio de comportamiento de sus prácticas sexuales. Para Robert el sexo era más importante que cualquier otra cosa en su vida y por más que las consecuencias de sus acciones entrañaran ahora un mayor riesgo, se negaba a modificar sus prácticas sexuales. Acaso, debido a que raramente tenía sexo anal —método de transmisión de SIDA citado con más frecuencia por los especialistas—, Mapplethorpe creía hallarse a salvo de peligro. O quizá se hallaba sumido en tal estado de auto negación que llegaba a creerse invencible.

«Yo no pertenezco a un grupo de alto riesgo.»

Robert Mapplethorpe

Paul Schmidt señalaba que los autorretratos de Mapplethorpe eran como una llave que explicaban su propio egocentrismo; estos sirvieron para escenificar las distintas fases específicas de su vida: la confusión sexual de sus primeras polaroids y la blanda facilidad de su convivencia con su mecenas Sam Wagstaff. En los últimos autorretratos el fotógrafo ya no se encontraba bien, el retoque en las fotografías ya no le ayudaba; se despertaba a mediados de la noche empapado en sudor, las glándulas linfáticas seguían hinchadas y padecía dolores estomacales y diarrea.

Wagstaff, que también era su amante, había cuidado de sus intereses durante la última década de Robert, pero dado que ambos habían construido una suerte de muro defensivo en torno al tema del SIDA, no osó insistir en que el joven artista se hiciera las pruebas de detección de la enfermedad, a pesar de que Wagstaff padecía todos los síntomas de ésta.

A finales de septiembre de 1986, Mapplethorpe se encontraba tan débil que apenas podía abandonar su departamento, su pulmonía tenía todas las probabilidades de ser de las del tipo que provoca el SIDA. Robert había tenido relaciones sexuales al menos con un 75% de los hombres que aparecían en el libro —*Black Book*— los cuales se rumoraba que muchos de ellos habían contraído el síndrome y ya estaban muertos. Robert estaba cada vez más enfermo y no recibía los cuidados necesarios, se empeñaba en negar su enfermedad y en ingresar a un hospital para examinarse; sin embargo, más tarde y debido a su malestar, aceptó internarse en un hospital en donde los resultados de sus exámenes resultaron positivos.

Mapplethorpe alimentaba una fe pueril en las capacidades curativas de la ciencia; en diciembre de 1986 salió del hospital sintiéndose mejor debido al AZT y a las inyecciones semanales de vitamina B12, mientras que en enero de 1987, su mecenas y amante ya había muerto. Este acontecimiento despertó la sospecha en el medio artístico de la salud de Mapplethorpe. Todos creían que Robert tenía SIDA.

Esta situación llevó al fotógrafo a estallar recorriendo todos los bares de homosexuales en busca de negros. Había confiado a diversos amigos que atribuía a un negro el haberle contagiado el virus del SIDA, pero después de vanagloriarse por haberse acostado con aproximadamente un millar de hombres, difícilmente podía estar seguro. Con todo esto se aplicó a la tarea, como un ángel vengador, de abordar a un negro tras otro con ofertas de cocaína para luego insultarlos con la palabra *nigger*. Es imposible saber concretamente si Robert tomaba precauciones en la cama, pero para los observadores externos, el fotógrafo mostraba una agresividad espeluznante.

Mapplethorpe, heredó de su fallecido mecenas —Wagstaff— la cantidad de siete millones de dólares. Esta cantidad le incrementaba la fe de curarse: «*Tan solo confío en vivir lo suficiente para disfrutar de la fama*». Su enfermedad sirvió para incrementar el potencial de ventas de sus obras. Para entonces, ya era uno de los fotógrafos más célebres del mundo y durante la última década su obra había aparecido en sesenta y una exposiciones individuales, cinco libros y quince catálogos. El SIDA, sin embargo, no tardaría en catapultarlo hacia otro ámbito de la fama, ya que por desgracia, nada había de realzar tanto su vida como la perspectiva de perderla. Los galeristas, como buitres, opinaban que no era imposible vender un millón de dólares en obra con base en la enfermedad del fotógrafo: «*cuanto más muerto mejor*», la gente empezaba a comprar fotografías de Mapplethorpe anticipándose a su muerte. El valor de cada fotografía se elevó a diez mil y quince mil dólares por anticipado. Mapplethorpe, su enfermedad y la iconografía sexual o pornográfica eran toda una sensación. Así Mapplethorpe se convertía en una institución, en una empresa, en una fábrica de fotografías.

En mayo, Robert sufrió una recaída de su pulmonía, además de neuropatía que le provocaría una inflamación de los nervios y un terrible ardor en los pies. Mapplethorpe era un paciente extremadamente pasivo: se tomaba cualquier pastilla que le fuera recomendada, pero aunque diversos doctores le previnieron que el consumo de cocaína no haría sino dañar aún más su sistema inmunológico, continuaba aspirándola y fumando casi dos paquetes de cigarrillos al día. Al respecto, el fotógrafo decía: «*Si tengo que cambiar mi estilo de vida, no me*

interesa seguir viviendo».

La salud de Robert iba en decremento, los doctores le diagnosticaron que padecía el síndrome de consumición —pérdida de peso y diarrea crónica—; en marzo comenzó a sentir terribles dolores abdominales y náuseas generalizadas.

Fotográficamente hablando, las apetencias sexuales se extinguían también. Robert había dejado de concentrarse en imágenes de negros sin ropa y posteriormente en cualquier clase de desnudo; por el contrario, desvió la atención a las estatuas de mármol, intentaba insuflar vida a sus propias esculturas. Sus retratos femeninos comenzaron a parecerse cada vez más a iconografías de ángeles.

Una nueva morbosidad aparecía en la obra de Mapplethorpe, una de las imágenes más macabras era, sin duda, la fotografía que tomó de una calavera humana. Para él constituía la imagen más puramente escultural de todas. Por otro lado, este tipo de fotografías ya no eran tomadas físicamente por Robert sino por su hermano y su laboratorista, ya que el fotógrafo ya no estaba en condiciones de hacerlo, sólo dirigía la acción. El estilo de Mapplethorpe se había convertido hasta tal punto en un formulismo que al artista le bastaba con dar su aprobación a una prueba polaroid para delegar el proceso fotográfico a otra persona.

En mayo de 1988 Mapplethorpe firmó los documentos pertinentes para la creación de la *Fundación Robert Mapplethorpe* y diseñó la normativa bajo la que habrían de administrarse los fondos de la organización. Para entonces, al fotógrafo no le interesaba destinar el dinero de la fundación a la investigación del SIDA y prefería emplearlo únicamente en proyectos relacionados con la fotografía y sus exposiciones.

La idea de vivir y de algún día poder curarse hacia que Robert Mapplethorpe insistiera en comer en restaurantes, a pesar de que vomitaba prácticamente todo lo que ingería; esta conducta lo llevó al hospital nuevamente para que se le instalara un catéter *Hickman* en el tórax, y se le administrara regularmente una solución proteínica por vía intravenosa. Robert, ya en casa, al verse como monstruo y lleno de tubos en el pecho cayó en una profunda depresión, y para colmo tuvo que contratar, a pesar de todo, un enfermero que le ayudara a alimentarse. Los utensilios de cocina dieron paso a jeringas epidérmicas. «*Todos estos tubos me hacen parecer una criatura del espacio [...] es horroroso.*», reclamaba el artista.

Para estas fechas, su familia apenas se enteró que Robert tenía SIDA. Desde 1967

no se veían y, obviamente, tampoco sabían de la homosexualidad de Mapplethorpe. Nancy —su hermana mayor— reunió a la familia y les contó la situación de Robert: de su enfermedad y de su homosexualidad; Joan —su madre— no creyó que su hijo fuera gay. Posteriormente visitaron a Robert.

En julio de 1988, después de la visita de sus padres, Mapplethorpe ingresó al hospital St. Vincent donde le fue diagnosticada una mycobacterium avium-intracellulare —MAI— una enfermedad terminal. De esta forma comenzó a extenderse el rumor de que el fotógrafo no abandonaría el hospital con vida, cosa que no fue así, Robert regresó a su casa, tenía una gran motivación por asistir a la inauguración de la máxima exposición fotográfica que tendría en el museo Whitney.

Ya estando en la inauguración, Mapplethorpe se vio envuelto por una muchedumbre de seiscientas personas. Los paparazzi buscaban obtener imágenes que representaran lo que comenzaba a convertirse a toda prisa en un nuevo género retratístico: la imagen del SIDA. *«Otra dimensión de la realidad moral»*.

Robert había *«seguido una curva cultural que se iniciaba en los setenta y ochenta con los diversos movimientos de liberación sexual y que ahora parece descender hacia el temor y la muerte»* afirmaba Kay Larson en el *New York*. El SIDA había proporcionado una importancia adicional a la obra de Mapplethorpe; hasta qué punto era el artista importante o mediocre; esto debe pasar a un segundo plano. Se trata, definitivamente, de una cuestión de mercadotecnia y de creación de mitos.

«En definitiva, resulta imposible adivinar cómo percibirán a Robert Mapplethorpe las generaciones futuras ... muchas personas compraban sus flores por la emoción de poseer un Mapplethorpe o, en su caso, la punta del iceberg, por así decirlo. Muchas de ellas jamás habrían colgado sus imágenes sexuales en su casa, pero el hecho de poseer una de sus flores les permitía coquetear levemente con su mundo. La exploración de la sexualidad representa un tema de gran importancia en fotografía, y Robert, sin duda, ha de contemplarse como una figura crucial.» 3

A Robert le preocupaba saber que sus padres visitaran la retrospectiva de su obra en el Whitney; esto reflejaba que *« [...] sus padres eran aún los sacerdotes represores de su infancia, y él seguía siendo el mismo chiquillo asaeteado por la culpa.»* comentaba Steven Aronson.

Mapplethorpe era un hombre agonizante, sin embargo seguía convencido de que

al final se salvaría. Creía firmemente que la cura para el SIDA existía y que todo era cuestión de resistir hasta que apareciera. En noviembre inició un curso de hiperinmunoterapia que consistía en inyectarle anticuerpos extraídos de individuos infectados a los pacientes de SIDA en estado avanzado. Robert era uno de los primeros en el mundo en recibir este tratamiento. Poco después el fotógrafo se encontraba mejor.

Mientras tanto, su madre preguntaba a su hijo menor Ed —que trabajaba como asistente de Robert— si su hermano Robert seguía yendo a misa los domingos porque tenía la intención de mandarle al padre George Stack —sacerdote de su infancia— para darle los santos sacramentos. El padre Stack acudió al lugar de Mapplethorpe quedando hipnotizado al contemplar los objetos que adornaban la habitación; era un verdadero combate entre el bien y el mal en cuanto al arte religioso que decoraba el espacio. La intención de confesarlo se diluyó inmediatamente posponiéndola para otra futura visita.

El galerista Howard Read, en dos años realizó tres exposiciones de Mapplethorpe; después de la muerte del fotógrafo, Read comentó: *«Si Robert hubiera vivido seis meses más y hubiera anunciado desde su lecho que se había limitado a sacar fotografías de su almohada y que quería montar otra exposición, lo más probable es que la hubiéramos hecho.»*

Así, Read organizó otra muestra de fotografías de Robert con base en sus bustos e iconos religiosos. Las fotografías fueron tomadas por su asistente Brian English supervisadas por Robert; se imprimieron 10 copias de cada fotografía y se vendieron inmediatamente. Como se puede observar, todas estas fotografías eran de objetos que Mapplethorpe tenía al alcance de su mano; de haber estado sano jamás lo habría autorizado.

«El Momento Perfecto» era la exposición más importante de Robert Mapplethorpe, la cual se inauguraría el 9 de diciembre de 1988 en el Instituto de Arte Contemporáneo de Filadelfia. Constituiría el último de los objetivos del fotógrafo. Éste continuaba sufriendo vómitos tan intensos que ya no podía digerir las pastillas de AZT; por lo tanto no pudo asistir a Filadelfia, conformándose con ver el acontecimiento por video; al respecto éste dijo: *«Fue como asistir a mi propio funeral y oír a la gente hablando de mi [...] Me sentí tan entristecido que me eché a llorar.»* Este acontecimiento sumió a Robert en la peor depresión de su enfermedad, no hallaba consuelo en nada, ni en el sexo, ni en las drogas, ni en la comida; los cigarros constituían su único placer, se negaba, por supuesto, a dejar de fumar.

Mucha gente —amigos de Robert— pensaban que la *Fundación Mapplethorpe* contribuiría a la investigación en torno al SIDA además de la Fotografía; sin embargo, el artista sólo le interesaba utilizar el dinero para perpetuar su nombre, quería hacer un equivalente al *Oscar* de Hollywood en el campo de la fotografía con la diferencia que los ganadores recibirían un *Mapplethorpe*. Después de todo, en enero decidió, inesperadamente, destinar una parte de su riqueza —un millón de dólares— al SIDA, el cual sirvió para crear una unidad de cuidados para enfermos con el síndrome en el Hospital Beth Israel. Actualmente este pabellón es conocido con el nombre de «*Mapplethorpe*».

«*Ahora ya no tengo ningún objetivo por el que luchar.*»

Robert Mapplethorpe

Robert ya no podía digerir las pastillas de AZT sin vomitarlas, así que le administraban el medicamento por vía intravenosa. Se incluyó a Mapplethorpe a un programa de ensayos humanos con un nuevo medicamento, el CD-4. La fórmula era una copia del receptor CD-4 presente en numerosas células del sistema inmunitario y del cerebro del cuerpo humano y se creía que actuaría a modo de señuelo aferrándose al virus del SIDA, y dotando a las células de una protección absoluta.

Sin embargo, en febrero comenzó a expectorar un esputo verde y espeso, lo que creó la sospecha de una neumonía de origen bacteriana; posteriormente Robert sufrió un acceso de dolores gástricos intensos lo cual hizo pensar a Robert: «*[...] me estoy muriendo.*»

El mismo mes Robert fue trasladado a Boston, al Deaconess Hospital; ahí recibió las malas noticias de que, efectivamente, padecía neumonía bacteriana, lo cual impedía que se le administrara el CD-4. En marzo comenzó repentinamente a sufrir hemorragias gastrointestinales y los médicos le insertaron tubos por la garganta para drenarle el estómago, su sistema inmunitario se hallaba tan deteriorado que los medicamentos ya no le funcionaban. Su organismo estaba siendo atacado por todos los flancos.

El fotógrafo ya no tenía nada que hacer, se entretenía escribiendo su nombre repetidas veces en un cuaderno convirtiendo su escritura en una maraña. El 8 de marzo sufrió una parálisis que le inmovilizó la parte izquierda de su rostro. Uno de sus ojos se cerró. Ya no podía hablar, sólo emitía gemidos, los médicos le aumentaron la dosis de morfina pero él seguía esforzándose por permanecer despierto: no estaba dispuesto a morir.



Ed —su hermano menor— tuvo la oportunidad de cumplirle una promesa a su madre y dio aviso al capellán del hospital, quien acudió para administrarle los últimos sacramentos. Robert no despertó: a las cinco y media de la madrugada del día 9 de marzo de 1989 sufrió un violento ataque que sacudió convulsivamente todo su cuerpo, las frenéticas sacudidas de su organismo constituían un síntoma de disfunción cerebral. Mapplethorpe había pasado sus últimos momentos librando su propia batalla interna al mismo tiempo que avanzaba hacia la luz. ew

NOTAS

1. Pet Shop Boys, Actually, EMI, 1987.
2. Morrisroe, Patricia, Robert Mapplethorpe, Circe, Barcelona, 1996.
3. *Ibid.*

BIBLIOGRAFÍA

Fridman, Wolf H., El Cerebro Móvil: de la Inmunidad al Sistema Inmune, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.

Morrisroe, Patricia, Robert Mapplethorpe, Circe, Barcelona, 1996.

Rosenzweig, Mark R. y Leiman, Arnold I., Psicología Fisiológica, Mc. Graw Hill, 1995.

Lowe - Morricone - Tennant, Pet Shop Boys, Actually, [CD], EMI, 1997.